





OTRO SÍSIFO



Emilio V. Añón

OTRO SÍSIFO



Primera edición: abril de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Emilio V. Añón

© Ilustración de portada: Carlos Añón Olmo

ISBN: 978-84-17362-42-3

ISBN digital:978-84-17362-43-0

Depósito legal: M-9006-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para Carlos, Marcos y Susana,
aunque no necesariamente en ese orden,
es decir, sin orden alguno.*



ÍNDICE

PRIMERA PARTE: TIEMPO Y REPETICIÓN	11
1. Sísifo	13
2. Una luz remota.....	19
3. La flecha del tiempo	23
4. La injusticia es mejor que la justicia	25
5. Relámpago sobre el agua	33
6. Naturaleza y cultura.....	35
7. Darwinismo	37
8. Dios se mete en mi cuarto.....	39
9. Berkeley	43
10. Y vuelta a empezar	47
11. La diferencia entre maduro y viejo.....	51
12. La cámara oscura	53
13. Franco hace felices a los niños	57
14. Funny Games	61
15. Donde aparece la teoría de la conspiración.....	63
16. Feria de Navidad.....	67
17. Cuando Fórmula 1 era bebé	71
18. O Heidi o Tiburón	75
19. Una peculiar teoría del color.....	79
20. Donde asoma mi fascista.....	83
21. Hegemonía Kitsch.....	85
22. Migajas.....	87
23. Donde necesito urgentemente conversación adulta.....	91
24. Ofrenda a los dioses	95
25. Ad astra per aspera	99
26. Canción de bienvenida.....	103
27. ELA	107
28. Grandes felinos	113

SEGUNDA PARTE: SALVAJES Y DOMÉSTICOS.....	115
1. Deconstrucción.....	117
2. Zoofilia.....	119
3. Apariciones.....	123
4. Casa tomada.....	127
5. 1971.....	131
6. La grada no perdona.....	135
7. Un amor imposible.....	143
8. Vergüenza.....	149
9. Relectura.....	155
10. Pretecnología.....	157
11. Afinidades electivas.....	159
12. El mismo árbol de Navidad.....	163
13. Un cuento de invierno.....	167
14. Pornografía.....	171
15. La música de las esferas.....	173
16. Detalles insignificantes.....	177
17. Vuelve la hegemonía Kitsch.....	183
18. Destino.....	185
19. Galicia.....	187
20. Salvajes y domésticos.....	191
21. Ágata Lys o la caída de Saulo.....	199
22. Dibujos.....	203
23. La Física no es suficiente.....	211
24. Italia.....	213
25. LSD.....	223
26. Microrrelato.....	229
27. His Majesty King Funk.....	231
28. Greenwich Village.....	235
29. Jarry, Beckett, Sonia e Ionesco.....	239
30. Un paseo estival con Marcos.....	241
31. El amor de Carlos por el Antiguo Egipto.....	245
32. A vueltas conmigo mismo.....	249

PRIMERA PARTE:
TIEMPO Y REPETICIÓN

El tiempo es un niño que
juega a los dados

HERÁCLITO



1. Sísifo

Se han dormido los dos casi al mismo tiempo, es un milagro. Nunca coinciden al hacerlo, de modo que me resulta imposible aprovechar el tiempo mientras tanto, pues siempre debo ocuparme del que permanece despierto. Tras sacar la ropa húmeda de la lavadora me dirijo al tendedero, que se encuentra en el otro extremo de la casa. Mientras atravieso el pasillo voy recogiendo la ropa que cae del enorme fardo que llevo más o menos sujeto entre los brazos y el pecho. Es un proceso que tiende al infinito, pues cada vez que recojo dos piezas, un calcetín y unas bragas, por ejemplo, caen otras tres o cuatro, dos camisetas y un pantalón, por ejemplo, de manera que en lugar de mantener el fardo tal y como salió de la lavadora éste va menguando poco a poco de tamaño. Cuando llego al tendedero el fardo de ropa húmeda se ha convertido en algo minúsculo y un reguero de prendas recorre el trayecto que va desde la lavadora hasta la habitación del tendedero, en la que me encuentro.

Despiertan al mismo tiempo, lo que no es tan bueno como que se duerman simultáneamente. Preparo algo de merienda, para el mayor un sándwich de Nocilla bien cargado, tiene que ser así, si no puede no gustarle y ordenarme que le haga otro; para el pequeño, en cambio, un cruasán y un poco de mortadela, le gusta la combinación. Después, tras lidiar con su rechazo inicial, consigo ponerles ropa adecuada para ir al parque, hace tanto calor que ninguno de los dos quiere ponerse ni siquiera una simple camiseta.

Antes de salir miro de no haber olvidado nada: pañales, crema, toallitas húmedas, agua y un par de mudas por si hubiera que cam-

biarlos sobre la marcha. Cuando me dispongo a cerrar la puerta de casa el mayor me pide, mejor me exige, una pelota para jugar en el parque. Meto la pelota en la parte baja del carro que ocupa el pequeño y salimos a la calle.

«Arriba, papi, arriba» es la expresión que mi hijo mayor más ha prodigado a lo largo del último año. La dice con mucha fiesta y significa que ha alojado fuera de su alcance, a veces también del mío, cualquier cosa, desde una pelota hasta una prenda de ropa, pasando por diversos juguetes, camiones, coches, superhéroes de plástico, pistolas, espadas láser o convencionales, etcétera. En el último año debo haberle comprado unas veinte pelotas, no exagero, de las que únicamente conserva dos. El resto están en la repisa de la fachada del mercado o en el pequeño patio interior de la iglesia o bien en algún árbol alto y frondoso o, finalmente, en la terraza de un bajo abandonado que linda con el parque al que solemos acudir.

Al principio, tras escuchar las palabras *arriba, papi, arriba* y constatar que faltaba aquello con lo que el niño jugaba, me indignaba mucho. Recuerdo cuando acabó en la fachada del mercado un balón de la LFP que me había costado la friolera de veintidós euros. Ese mismo día me dije que si le compraba alguna otra pelota desde ese momento sería en un chino, así la pérdida resultaría mucho menos dolorosa, al menos para mí. La verdad es que trato de combatir su desmedido afán de posesión como buena-mente puedo, pero hay días en que la cosa se pone más difícil de lo que parece. Pide y pide y sigue pidiendo y, claro, en ocasiones estás fuerte mentalmente y te sale un NO rotundo que interpreta perfectamente, hasta tal punto que deja de insistir en poco tiempo, pero otras veces diría que te supone con la guardia baja y le saca partido. No sé, lo intuye. Esos días su insistencia no conoce límites, de manera que poco a poco va haciendo mella en ti y al final aceptas, más que nada por dejar de oír la misma cantinela todo el tiempo. Es un gran estrategia, pues parece darse cuenta de cuándo es la suya, entonces te agarra y no te suelta de ningún modo, como los perros de presa.

El trayecto hasta el parque es muy corto, apenas cinco minutos que se me hacen larguísimos, pues el mayor se empeña en ocupar la plaza del pequeño en el carro, a lo que me niego de forma categórica porque me resulta bastante incómodo llevar en brazos a su hermano, tiene un año y medio y todavía camina muy despacio, mientras conduzco el carro ocupado por el mayor con una mano. Una vez en el parque echan a correr hasta la fuente, siempre lo hacen. Obviamente el mayor llega antes y le dice al pequeño que ha ganado. Cuando se lo dice hace mucha fiesta, como si fuera un triunfo del que dependiera su propia vida. El pequeño no parece estar muy metido en el juego, va a lo suyo después de haber sido liberado del carro y se limita a correr sin una dirección definida. Como veo que se alejan más de la cuenta, me acerco empujando el carro y llamándoles por sus respectivos nombres. Por fin, llegamos a la zona del tobogán y los columpios, donde pasamos más tiempo. Allí el pequeño se decanta por los columpios mientras que el mayor parece preferir el tobogán. Le permito que vaya solo hasta el tobogán aconsejándole que juegue con mucho cuidado, es un tobogán bastante grande y él apenas tiene cinco años. Después de jugar un buen rato con el pequeño en los columpios le convengo para continuar en el tobogán, junto a su hermano. Lo lanzo tobogán abajo como treinta o cuarenta veces asiéndolo del brazo que queda de mi lado, él está encantado. Me duelen los brazos y la espalda. Intuyo algo que me parece realmente descorazonador: si en lugar de las veinte o treinta veces que lo he lanzado del tobogán lo hubiera hecho trescientas o cuatrocientas habría sido lo mismo, el pequeño hubiera continuado demandando más. Aprovechando que hay muy pocos niños lo apoyo en la parte alta de la pendiente, ya dentro del carril del tobogán, y lo dejo caer, con tan mala fortuna que al llegar al final del recorrido se vuelca hacia delante y se da un pequeño golpe en la cara, justo en la frente. Lloro tan desconsoladamente que por un instante pienso que se ha hecho algún tipo de herida que he pasado por alto. Compruebo que no es el caso. Ahora quiere que lo coja en brazos, está dolorido y muy mimoso por culpa del golpe, que en realidad no ha sido nada.

Entonces el mayor se me acerca con la pelota y me dice que quiere jugar un partido conmigo, pero que su hermano no puede jugar, es demasiado pequeño y no sabe chutar bien, así que nos dirigimos a la parte más despejada del parque, donde se suele jugar a fútbol y algunos adolescentes, siempre los mismos, juegan a basket. Trato de jugar con ambos, pues el pequeño ya se ha restablecido por completo de su percance en el tobogán y ahora quiere ser partícipe de un juego a tres bandas, cosa que el mayor no acepta, de ninguna manera. Al ver que le doy algo de cancha al pequeño se pone hecho una fiera y ahora es él quien llora desconsoladamente, lo que me obliga a coger al pequeño en brazos para jugar en exclusiva con su hermano mayor. En ese momento es el pequeño quien se siente excluido del juego y reacciona del modo en que lo hacen los niños de año y medio cuando se sienten contrariados, berreando de la forma más ruidosa posible. Bajo al pequeño de mis brazos y le digo al mayor que no sea tan egoísta, que su hermano también tiene derecho a jugar, aunque sea un poco. Para mi sorpresa acepta de buen grado lo que le digo, así que jugamos un buen rato a pasarnos el balón los tres.

Ha llegado la hora de la merienda. Desenvuelvo el sándwich de Nocilla y se lo doy al mayor, después troceo el cruasán y la mortadela para el pequeño. Comen en silencio. Me gusta verlos comer juntos, casi tanto como verlos correr y reír a carcajadas desde una distancia prudencial. Como todavía nos queda un rato de parque les sugiero volver a la zona de los columpios, la más concurrida y también la que más les gusta a ambos. La idea les agrada, así que allá vamos los tres. En lugar de jugar en los columpios o el tobogán les da por revolcarse por el suelo del parque, suelo que no es el característico de los parques modernos, sino más bien de tierra, como en los escasos parques de mi infancia. En unos segundos están hechos un Cristo, pero estoy tan cansado que al ver que han decidido sentarse a jugar con la tierra les dejo hacer y aprovecho para liarme rápidamente un cigarrillo y fumármelo. Permanecen al menos un cuarto de hora poniéndose perdidos hasta que decido que ya va siendo hora de devolver al pequeño al carro, cosa

que hago. El mayor me dice que quiere correr un rato por una pequeña hondonada cercana a la fuente rodeada de árboles. Le digo que bien, yo le seguiré con el carro. Por lo visto, echa a correr nada más decírselo, pues lo pierdo de vista al darme la vuelta, justo después de atar al pequeño al carro. Al cabo de un par de minutos aproximadamente, lo reconozco entre otros niños que corren precisamente por la zona del parque que me ha dicho antes. Verlo me alivia mucho, pues cada vez que lo pierdo de vista lo paso mal. Entonces le digo que no se marche sin mi permiso, cosa que no ha hecho, y que debo tenerlo en mi campo visual siempre, pase lo que pase, algo que debería esforzarme en hacer yo, no él. Finalmente nos batimos en retirada.

Ese par de horas en el parque es como un día entero camuflado, un día dentro de un día, no un simple par de horas, tanto por la cantidad de cosas sucedidas como por la multitud de instantes de estrés que generan: una caída inapropiada, perder de vista al mayor, que ha echado a correr a toda prisa sin avisar, darles la merienda tratando de que no tiren nada al suelo, vigilar la zona de columpios para que no sufran ningún percance, etcétera, etcétera, etcétera. Algunas veces, mientras estoy en el parque, dejo de mirar el reloj durante lo que considero un buen rato y mi cálculo siempre es erróneo por optimista, es como si el tiempo se estirase, algo parecido. Si pienso que han pasado veinte minutos y miro el reloj, resulta que solamente han pasado seis, ésa es la proporción más o menos. Otras veces, cuando la situación lo permite, me concentro en la esfera del reloj, viendo cómo las agujas del segundo avanzan de forma implacable, pero eso no me hace sentirme mejor. Luego me concentro en la aguja que señala los minutos y percibo su avance, lo que tampoco sirve para mejorar nada. Por último, mi ensimismamiento apunta a la aguja que señala las horas, todavía no he podido percibir su avance, todo se andará. El día se convierte en una cinta elástica de la que se puede tirar sin temor a que se rompa. Mientras el elástico da de sí suelo dejar correr el pensamiento, se trata de un ejercicio involuntario que acaba por llevarme a los lugares más insospechados. Sin ir más lejos, hace un par de días me atreví a reformular

el viejo mito de Sísifo. Imaginé un Sísifo contemporáneo que ya no está obligado a cumplir con su clásica condena, la que consistía en empujar perpetuamente un gran peñasco montaña arriba hasta la misma cima, para una vez allí verlo caer rodando hasta el valle, desde donde debería cogerlo y emprender de nuevo la pesada marcha hasta la cumbre, y así sucesivamente. Mi Sísifo había sido condenado a preparar la merienda de sus vástagos y no olvidar nada para llegar en condiciones óptimas al parque: pañales, crema, un par de mudas, toallitas húmedas y agua. Una vez allí tiene la obligación de entretenerlos y cuidar de que no sufran ningún percance, desplazándose desde la zona de los columpios hasta la hondonada arbolada y desde la hondonada hasta las dos canchas de basket durante un par de horas. Cumplido el tiempo, mi Sísifo cree que ya puede volver a casa y cuando se encuentra en el mismo portal ocurre algo que le obliga a volver al parque y reanudar la rutina, y así sucesivamente. Menos mal que no es más que el vuelo de mi imaginación calenturienta, me dije después, bastante aliviado.

Por fin nos dirigimos a casa, el pequeño en el carro y el mayor andando a mi lado. Cometo un error de principiante al no esquivar, cruzando por la calle paralela, la tienda de aeromodelismo y maquetas. Al mayor le fascina, de modo que siempre hay que detenerse frente al escaparate para admirar los modelos expuestos, todos carísimos, y prometer futuras compras. La cosa nos lleva unos diez minutos, tras los cuales emprendemos de nuevo la marcha. Pienso en el baño conjunto y en que quizá yo también me bañe con ellos. Un par de calles más y ya enfilamos la parte final del trayecto. Cuando nos encontramos junto al portal de casa busco las llaves dentro del bolsillo izquierdo de mis tejanos, juraría que estaban ahí pero no las encuentro. Repito la operación con el bolsillo derecho y el resultado es el mismo. Un pensamiento muy sombrío cruza mi mente, se asienta después de que compruebe los bolsillos traseros del pantalón y poco a poco pasa de sombrío a negro.

—Oye, ¿has visto las llaves del papá?

—Arriba, papi, arriba —contesta con mucha fiesta.

2. Una luz remota

La bombilla de la lámpara del baño está fundida hace más de un mes, de modo que tengo que hacer uso de un flexo para poder iluminarlo. Después, por la noche, lo devuelvo al escritorio, pero cuando tengo que ir al baño de madrugada me veo obligado a pasar por el estudio si quiero tener algo de luz y no andar a tientas. En cualquier caso, el flexo proyecta una luz mortecina, claramente insuficiente, que llena de sombras muy densas el baño, lo que obliga a mi hijo mayor a pedirme que permanezca a su lado mientras hace uso del mismo.

—Papá, quédate hasta que acabe, por favor, me dan miedo esas sombras de ahí.

—Tranquilo cariño, me quedo contigo, no te preocupes.

Un par de horas más tarde me pongo manos a la obra, por fin. Me subo a la escalera y extraigo con mucho cuidado los dos tornillos minúsculos que unen el plafón de la lámpara a la base de la misma, atornillada al techo. Me cuesta mucho más de lo previsto, tanto por el exiguo tamaño de los tornillos como por la escasa luz. Una vez hecho, bajo de la escalera y deposito cuidadosamente el casco de la lámpara y los dos tornillos sobre la taza del wáter. Subo de nuevo y aprieto las dos bombillas, vuelvo a bajar y le doy al interruptor de la luz. Una de las bombillas funciona después de la operación, la otra no. La luz es mejor que la del flexo pero todavía muy mejorable. Entonces cojo una bombilla del cajón inferior de la cocina y la coloco en el lugar que ocupaba la fundida. Vuelvo a darle al interruptor y la cosa ha cambiado sustancialmente, sobre

todo porque la bombilla de la cocina no es de bajo consumo. Después coloco los dos minúsculos tornillos entre mis labios y ajusto el plafón a la base. Uno de los dos no cierra bien, de manera que existe la posibilidad de que acabe cayendo al suelo, aunque parece estar más o menos bien sujeto. Pienso en volver a desatornillarlo y dejar las bombillas desnudas, pero al final no lo hago. Me digo que al día siguiente, hoy se ha hecho tarde, compraré tornillos en la ferretería y atornillaré el plafón a la base de forma totalmente segura.

Tras haber realizado la tarea, en realidad a medias, me siento muy bien. Apago y enciendo el interruptor del baño siete u ocho veces, lo que me produce una gran satisfacción. En momentos así me veo a sí mismo como un verdadero paterfamilias, capaz no solo de alimentar y cuidar de su prole, sino también de apuntalar la vivienda después de que un huracán devastador la hubiera dejado hecha unos zorros. En realidad, sé que estoy muy lejos de serlo, de ahí quizá que me contente con tan poca cosa. Los verdaderos paterfamilias pertenecen a una generación anterior, la de mi padre y mi suegro, esa generación de hombres verdaderos, capaces de levantar una casa si contaran con los materiales necesarios para hacerlo, a saber: cemento, ladrillos, paletas, picos, palas, escuadras, cuerda y algún nivel. Son ese grupo de pioneros que se han pasado la vida trabajando para seguir haciéndolo hasta el final, y para ninguno de ellos sería un problema que se obstruyese la cisterna o que se desprendan, debido a la humedad, algunas piezas del suelo de parqué.

Estoy en la Plaza del doctor Landete con los niños, justo enfrente de la iglesia de San Valero. Son las siete de la tarde y todavía estamos a más de treinta grados. Afortunadamente, es una zona fresca porque siempre hay una especie de túnel de viento, como los que se forman alrededor de un coche que circula a gran velocidad, y da la sensación de que la temperatura baja considerablemente. De hecho, en invierno es un lugar bastante frío. Los niños suben y bajan la escalinata que da acceso a la iglesia una y otra vez. El pequeño trepa por los peldaños hasta que alcanza el más alto, una

vez allí se pone en pie en señal inequívoca de victoria, como un alpinista que acabase de coronar un ocho mil, el último que le quedaba por ascender en su ya dilatada carrera. El mayor, en cambio, sube de dos en dos los peldaños y cuando desciende salta desde el antepenúltimo hasta el suelo. Antes de saltar siempre me pide que le mire y que después del salto muestre mi asombro ante su proeza. Estoy muy ocupado siguiendo al pequeño muy de cerca, por si antes de coronar su particular ocho mil cayera, así que avanzo lentamente con las piernas arqueadas sobre él hasta que alcanza el último peldaño y se pone en pie, después de lo cual desciendo hasta el suelo de la plaza con el niño en brazos para que vuelva a iniciar su ascenso, así una y otra vez.

En un momento dado empiezan a jugar juntos al pie de la escalinata, lo que me permite situarme a una distancia prudencial y liar me un cigarrillo. Cuando estoy a punto de acabarlo, un hombre de unos sesenta años se levanta de una de las mesas de la terraza aledaña y se acerca a mí preguntándome si soy el fontanero. Le digo que no, es obvio que se ha equivocado, y tras un gesto de contrariedad se excusa diciéndome que ha quedado con el fontanero precisamente en ese lugar y que no le conoce. Vuelve a la mesa que ocupaba en la terraza y yo me pregunto qué aspecto puede tener alguien para ser considerado así, a primera vista, fontanero. Me imagino que un hombre con un mono azul y algunas herramientas podría dar con la imagen. Uno de esos tipos que sudan mientras trabajan en una posición forzada. Poco después, cuando ya me dirijo a casa con los niños, me doy cuenta de que me ha gustado que se me confunda con el fontanero, en realidad, me ha gustado mucho. Supongo que lo asocio a una cierta virilidad indiscutible; ya se sabe, eso de arreglar cisternas o cañerías atascadas o cambiar un grifo que no funciona mientras se suda copiosamente al hacerlo. Precisamente yo, que debo confesar, y me cuesta bastante hacerlo, haber tenido serios problemas para montar el juguete de algún que otro huevo Kinder. Quizá porque, cada vez se me hace más evidente, el fontanero representa a esos verdaderos paterfamilias

que están tan lejos de mí y a quienes tanto quisiera parecerme, esos individuos que no necesitan nada más que lo indispensable para levantar un hogar en el que los suyos pudieran guarecerse y encontrar la tranquilidad que todos necesitamos, a saber: cemento, agua, un molde, ladrillos, paletas, picos, palas, escuadras, cuerda y algún nivel.

3. La flecha del tiempo

Cada vez que mi hijo mayor va al baño me pide que le acompañe. Todavía no sabe limpiarse el culo, así que tengo que asistirle. Después de sentarse en la taza me pregunta qué es el presente. La cuestión parece interesarle de veras, pues mientras formula la pregunta acentúa un gesto muy suyo que mezcla curiosidad y asombro, consiste en abrir los ojos casi al límite e intentar fruncir el ceño simultáneamente, cosa similar a besarse el codo, con lo que acaba por pasar de una a otra opción sin llegar al rostro nuevo de la foto superpuesta, lo único que verosímilmente puede hacerse. Le digo, sentado en el bidé, que el presente es lo que está ocurriendo en este momento.

—Ahora estamos los dos en el baño y tú estás haciendo caca, pues bien, eso es el presente.

—¿Y qué es el pasado, papi? —me pregunta acto seguido.

—El pasado —le digo—, es lo que ya ha ocurrido. Por ejemplo, esta tarde hemos estado con tus primas en su casa, pero ya hemos vuelto, ¿verdad?, pues eso es el pasado.

Me anticipo a la siguiente pregunta diciéndole que el futuro es lo que todavía no ha ocurrido.

—Por ejemplo —le digo—, mañana por la mañana irás al parque con la mamá, pues eso es el futuro, ¿comprendes?

Me dice que sí, que comprende. Acaba y le limpio el culo mientras le indico cómo tiene que hacerlo él mismo. Aprovecho la circunstancia para volver sobre el tema planteado.

—Antes hacías caca y eso es el pasado, ahora te limpio el culo y es el presente, pero nos vamos a la cama y te voy a poner el pañal para dormir, eso es el futuro.

—Lo entiendo papi, lo entiendo —me dice, dando a entender que esa segunda explicación no era necesaria. Después, ya al borde de la cama y antes de ponerle el pañal, junta los pies y pega los brazos al cuerpo adoptando una posición erguida, casi marcial, como señalando el lugar del suelo sobre el que se encuentra.

—Esto es el presente —dice. Da un paso atrás y vuelve a juntar los pies del mismo modo—. Y esto el pasado —entonces da dos pasos adelante y junta de nuevo los pies y los brazos—. Y esto es el futuro —dice por último.

—Veo que lo comprendes a la perfección —le digo.

4. La injusticia es mejor que la justicia

Me siento en el sofá tan cansado que apenas puedo pensar. Hay algo punzante que se me clava en el glúteo derecho, es un pequeño coche de carreras que se encuentra debajo del cojín sobre el que me había sentado. Debajo de los otros tres cojines hay un Spiderman de plástico, un collar de cuentas de colores, un par de calcetines de mi hijo pequeño y varias piezas del juego de construcción de mi hijo mayor. Lo que no encuentro es el mando de la tele, por más que rebusco dentro del sofá, que es donde suele encontrarse. El caso es que me apetece ver un poco alguno de esos programas altamente alienantes que en ocasiones, cuando estoy demasiado cansado para leer algo, me sirven de somnífero más que de distracción, pero no me apetece recorrer los tres metros que me separan del televisor y mucho menos buscar el mando por todos los rincones del salón. Casualmente doy con él tras un registro visual del entorno, se encuentra debajo de una moto correpasillos, al lado del mueble estantería. Me da tanta alegría encontrarlo que me siento bendecido, creo que en este momento no hubiera sido capaz de pedir ninguna otra cosa que no fuera localizar el mando de la tele si se me hubiese concedido un deseo. Ni dinero, ni salud para todos los míos ni nada de lo que cualquier persona con algo de seso se garantizaría en semejante circunstancia, solamente dar con el mando de la tele lo antes posible.

De vuelta en el sofá, ya con el mando en mi poder, comienzo un recorrido frenético por la programación. El zapping puede llegar a eternizarse si uno busca algo realmente interesante, pero si,

como es el caso, solamente se trata de dar con algo altamente alienante la cosa es pan comido. Enseguida doy con tres opciones más que satisfactorias. La primera es un programa en el que alguien está siendo sometido a un interrogatorio muy agresivo por parte de un grupo de periodistas del corazón. Es curioso, no conozco al entrevistado y sí, en cambio, a casi todos los entrevistadores. Parecen hienas después de que el león haya abandonado a su presa. No sé qué ha hecho el entrevistado, pero todo apunta a algo verdaderamente grave, incluso imperdonable, sobre todo si tenemos en cuenta la índole del tono de los entrevistadores, así como los comentarios despectivos que le dirigen, llenos de esa superioridad moral que tanto caracteriza a la masa enardecida. El entrevistado está nervioso, casi se diría que asustado, y su nerviosismo combinado con su carácter atrabiliario le hacen asemejarse a una especie de matón acorralado que espera la reacción de sus acosadores para iniciar su ataque. Eso me resulta desagradable, de modo que me centro en la segunda opción. En este caso se trata de una pareja que ensaya un acercamiento en un lugar paradisíaco. Ambos están desnudos y tienen que convivir en esa playa durante algún tiempo, o no lo he escuchado o no se ha especificado cuánto. Antes de iniciarse la convivencia ambos han sido entrevistados y han hablado de forma bastante desenfadada de sus pretensiones al participar en el programa. Tanto él como ella afirman haber ido al reality con la pretensión de encontrar el verdadero amor. Se me antoja bastante difícil que algo así pueda ocurrir, y más si tenemos en cuenta la presencia de cámaras y las exigencias que acaba por imponer un programa de estas características. Los dos se han gustado de manera fulminante, o esa impresión me ha dado. Supongo que el hecho de andar desnudos y de que ambos posean un cuerpo bastante atractivo ayuda. La tensión sexual se mastica y el acercamiento no se hace esperar. Él ha querido seducirla con un pequeño trabajo de bricolaje, dice que esta actividad da mucho más de sí de lo que algunos piensan y quiere sacarle partido. El resultado es como mínimo discutible, una especie de corazón que parece una manualidad

de un niño de primaria no demasiado avezado en este terreno. En cualquier caso ella lo toma a bien, debe haber pensado que la intención es lo que cuenta, y ambos se dirigen a su nido de amor entre risas. Después de un escarceo se van a la cama y allí sucede lo inevitable, todo indica que el amor ha triunfado, o quizá la atracción acompañada de un contexto tan propicio. Por la mañana, mientras se dan una ducha conjunta que tiene toda la pinta de acabar con el regreso a sus actividades nocturnas, aparece caminando otro joven también desnudo que se presenta a la feliz pareja. Al poco tiempo se hace obvio que ella ha encajado mucho mejor que él la nueva situación, se diría que hasta disfruta de la misma. También se hace evidente que el nuevo habitante del lugar le ha causado una impresión muy grata, tremendo macho, ha dicho que pensó nada más verlo. Él parece mostrarse muy seguro, no es de extrañar, sobre todo si tenemos en cuenta cómo acabó el primer día, pero claro, debe percibir algo, pues cuando afirma ante las cámaras no sentirse amenazado por su rival me doy cuenta que se lo dice más a sí mismo que a los espectadores. Se está infundiendo ánimo porque ha visto que la cosa puede llegar a torcerse, incluso ha habido algún gesto que revela su nerviosismo. La mecánica del programa hace que los dos rivales dispongan de oportunidades en función de sus logros, de manera que pasan por una prueba física que gana con cierta holgura el primer ocupante de la isla, lo que le permite tener una cita a solas con ella mientras su rival permanece atado. Es evidente que ella se ha sentido muy decepcionada con el resultado de la prueba física, pues esperaba que la ganase el recién llegado, lo que les habría permitido estar a solas. Aunque el ganador dispone de su derecho adquirido ella reclama también que el recién llegado debe gozar de la oportunidad que su antecesor tuvo el día anterior sin ninguna traba; en este punto ha quedado muy claro que la situación ha cambiado de forma considerable, cosa que hace mella en el primer participante masculino, que ya no puede disimular su contrariedad, lo que hace que irrumpa en mitad de esa cita que había sido pedida por ella, una medida no demasiado inteligente

por su parte, y haga uso en ese momento del poder que le confiere haber ganado la prueba física. Llega la noche y la situación se tensa, pero la participante femenina no está dispuesta a no tener su momento de intimidad con el nuevo, de modo que se lo hace saber al otro, que acepta a regañadientes y pasa la noche fuera de la cabaña en la que la noche anterior mantuvo relaciones sexuales con ella. Mientras se acuestan el nuevo y la participante femenina el otro pasa una noche terrible a la intemperie. A todo esto, los tres manifiestan sus impresiones ante la cámara en un típico montaje de posproducción. Después de invitar al primer participante a abandonar la cabaña es obvio que ella se ha decantado por el recién llegado de manera inequívoca, ante las cámaras dice que le pone mucho. En cuanto al recién llegado, está bastante tranquilo, hasta parece que la cosa no vaya con él, como si fuera un simple gancho, algo así como un actor. Por otra parte se ha descrito a sí mismo como una especie de depredador, lo que no parece muy inteligente de cara a las espectadoras femeninas que pudieran entrar en contacto con él en un futuro. Dice que a las mujeres hay que decirles lo que quieren oír, eso nunca falla. Pasan la noche juntos y ocurre lo mismo que el primer día. Cuando por la mañana el primer participante vuelve de su exilio y entra en la cabaña está claramente superado por la situación y ella se siente molesta porque la persigue con la mirada y trata de averiguar qué es lo que ha ocurrido entre los dos, cosa no muy difícil de suponer, por cierto. La escena me produce bastante vergüenza, aunque admito que es un logro desde el punto de vista del espectáculo televisivo, se trata de ver a alguien aceptando la crudeza de lo inevitable o bien perdiendo el dominio de sí mismo ante ello. El segundo participante no parece nervioso ni mucho menos fuera de control, se limita a sonreír tranquilamente al tiempo que la tensión entre su rival y la chica aumenta de forma exponencial. Llegados a este punto, cualquier espectador que esté en su juicio ya sabe cuál será la elección final de ella, no hay duda. Cuando la comunicación entre los tres parece inviable, el programa le hace saber a la chica que hay un mensaje para

ella que llega a la orilla dentro de una botella. Lo lee delante de los dos oponentes. Dice que uno de los dos es una persona infiel y que su última relación se rompió precisamente por este motivo. Ella los mira y duda, pero cuando una decisión está tomada solemos interpretar los acontecimientos de modo que refuercen esa decisión y no en sentido contrario, así que considera el nerviosismo del primer participante como una muestra de que miente, atribuyéndole el comportamiento al que se refiere el mensaje, cuando es obvio que su nerviosismo se debe al giro que han dado los acontecimientos y en ningún caso al mensaje. Por supuesto, el segundo participante también niega haber sido infiel, aunque por lo que afirma ante la cámara podemos deducir que él es el responsable de la infidelidad. El mensaje no es inocente, pues ella ha dejado bien claro que la fidelidad es algo fundamental en su percepción de la relación de pareja. Incluso lo ha subrayado y reforzado con una referencia autobiográfica, ha sufrido mucho en el pasado por culpa de la infidelidad y no quiere que vuelva a suceder. El reality crea con este recurso cierta tensión dramática, ya que los espectadores somos conscientes de que elige a la persona equivocada.

Llega el momento de la elección y se confirman todas las sospechas ya apuntadas. El primer participante le dice a la chica, justo antes de marcharse, que se equivoca y que tarde o temprano se arrepentirá de su decisión. Después de la pequeña ceremonia en la que, ya vestidos ambos participantes, se confirma que quieren seguir con la relación, el programa le comunica a la chica que su decisión ha sido equivocada, es decir, que la persona que fue infiel en su última relación es quien ha elegido y no quien ha rechazado. La cara de la chica es un poema al enterarse. El programa le pregunta si quiere seguir bajo las nuevas condiciones y ella dice que no. Entonces admite abiertamente que se ha equivocado y que debiera haberle dado una oportunidad al primer participante. Por último, como era de esperar, el depredador abandona la escena y el hombre honesto entra en su lugar y se va con ella de la mano.

No puedo evitar pensar que lo acontecido ha magullado muy seriamente la hipotética relación, hasta tal punto que no acabo de percibir el desenlace como un final feliz. Al fin y al cabo, ella había elegido al depredador, tremendo macho, y sin dudarlo se deshizo del hombre supuestamente honesto. Tengo más bien la impresión de que, después de todo, se ha decantado por quien menos daño puede hacerle, no por quien más pasión pudiera desatar. No tengo ninguna duda de que ella era más feliz en medio de la indiferencia y la traición, es decir, a merced de quien la hubiera engañado más pronto que tarde.

Apago la tele y me acerco al cuarto de los niños para asegurarme de que se encuentran en perfecto estado antes de irme a la cama. Duermen profundamente. Es curioso, pero cuando les observo por la noche mientras duermen casi siempre compruebo que respiran, normalmente fijándome en el suave movimiento del pecho o colocando un dedo junto a la boca o los orificios nasales si la escasa iluminación me impide captar ese sutil movimiento torácico. Una vez hecha la comprobación me dirijo a mi habitación, donde descansa mi mujer. También duerme profundamente. Tiene el dorso de la mano derecha apoyado en la frente, lo que le da un aire teatral. Es una extraña posición, me digo, supongo que ha soñado y eso le ha llevado a adoptarla mecánicamente. El brazo forma un ángulo de unos treinta grados entre el hombro y la cabeza. Me siento en la cama y la observo. La encuentro tan hermosa que no puedo evitar un pequeño estremecimiento. Me doy cuenta de que temo al depredador, tremendo macho que sólo busca diversión y que podría llegar a desbaratarlo todo. Llega sin hacerse notar, e incluso te cae bien al principio, todavía no sientes la amenaza que supone. Es uno más de entre el grupo de amigos. Después percibes algo pero ya es demasiado tarde, o ni siquiera eso, no te das cuenta de nada hasta que ya es un hecho consumado. Estas cosas suelen suceder así, la víctima se cree a salvo mientras está ocurriendo todo, casi delante de sus propios ojos. Él le proporciona a ella un placer con el que tú no podrías ni soñar, cada

cierto tiempo los imaginas y eso te destruye poco a poco, como un veneno. De cualquier forma disimulas como buenamente puedes, incluso le tiendes la mano cada vez que os encontráis, como si lo aceptases todo de buen grado. Los niños dejan de ser tu rutina diaria, sólo puedes cuidar de ellos durante el tiempo establecido por el juez. Temo ser el hombre honesto que representa la alternativa menos mala. Por otra parte, me pregunto qué mérito puedo haber contraído para merecerla. La respuesta es obvia: ninguno.